



CRÍTICA DE ARTE

Belleza y erotismo en la obra de Lema del Río

Una más de la gran variedad de plantas ornamentales que decoran el paseo de la Alameda en Santiago de Compostela parece haber huido a la calle Xeneral Pardiñas para conformar por ella misma un entorno. Se trata de una camelia que porta un legado centenario y es huésped incondicional de la 'Galería Restaurante' regentada por Siro González.

Su propietario se presenta como un mecenas del arte al denominar a su restaurante con el nombre de Galería y dedicarlo, entre artístico plato y plato, a exposición de pintores que se supone saben conectar con su espíritu.

Y su espíritu ha sacado partido a la naturaleza; las paredes de su local se visten de verde de Santiago, y lo hacen de manera perenne, como las hojas que penden del emblema de la casa: la camelia legendaria, porque el gusto del propietario no atiende a modas pasajeras. Perdurará el zócalo con caracteres latinizados de grafía gótica, porque es historia escrita, y vivirá aún más su arbusto que tanta leyenda ha derramado para superar sus ya diez metros de altura.

Este último une las dos plantas del edificio por una escalera rampante que modela el espacio aportándole mayor dinamismo y por la que contemplamos, y somos observados a su vez, a través de unas vidrieras que amplían el local, el mencionado arbusto lustroso, de flores bellas, que ondulan y configuran el espacio interior con resonancias musicales.

Tal arquitectura paisajística este mes hace honor a su nombre abriendo sus muros a una joven pintora de Camariñas, licenciada en Bellas Artes, que luchó por conservar viva una costumbre familiar: saber hacer arte. Purificación Lema del Río, después de ce-



Por
Fátima
Otero

rrar una etapa anterior vinculada al expresionismo alemán, muestra en la presente como un paréntesis productivo a un género teniendo siempre por menor y puramente decorativo, la pintura de flores, un tema tabú para la pintora pero al que se enfrenta como un reto asimismo emprendido por gigantes pintores españoles de

flores como Tomás Yepes, Bartolomé Pérez, Antonio Ponce o Juan de Arellano, entre otros, y al que extrae todo el misterio escondido detrás de la representación del mundo natural.

A través de variados formatos, la artista singulariza ostentosamente flores exóticas, como el tulipán, que sentó

cátedra en las composiciones florales y tan de moda pusieron las cortes europeas en sus jardines barrocos u otras más humildes y características del territorio como son las margaritas, metáforas de su alma infantil.

Bebiendo en el impresionismo, Lema del Río ha cortado el motivo para que sea la vista del espectador el que lo complete. Las imágenes van apareciendo poco a poco como en un travelling de cine y se perfilan en una atmósfera sensual y casi fragante, que se ha ido cargando de aire al perfeccionar su técnica, como aconteció con el paso gradual del caravaggismo al iluminismo y haciendo alarde del lema de Lema del Río: poco a poco.

Immortaliza la belleza efímera de flores como las calas en acuarelas u óleos con tonos boucherianos, sensualmente eróticos. Como también quedan inmortalizados sus grabados coloreados que la pintora hace de espacios atemporales y apersonales patentes en la plaza de María Pita, el obelisco o el herculino paseo de la Marina, y portadores de un glamour del que sólo queda el recuerdo.